

STATINTL

The champions of tolerance depart

Three moderates in an immoderate administration have left their posts in recent months. Their departure strengthens the hand of extremists and weakens the chances that the United States will pursue a wise foreign policy.

Adm. Bobby Ray Inman, once deputy director of the Central Intelligence Agency, has withdrawn to the private sector. He was weary of battling officials who wanted the CIA to return to domestic spying. Alexander Haig quit as secretary of state in late June, citing the disappearance of "consistency, clarity and steadiness" from U.S. foreign policy. And Gen. David Jones retired after completing a second term as chairman of the Joint Chiefs of Staff; administration officials were unhappy with his support for SALT II, the strategic arms agreement they called "fatally flawed."

Competent men have replaced Inman, Haig and Jones, but none has recent high-level political experience. So for now, the National Security Council has lost its dissenting contingent, and none of the dissenters has left on particularly good terms. The irony is that these three former officials were considered conservatives in the Carter administration. But in the Reagan camp, they were seen as

decidedly out of step. Their departure may bring more tranquility to the White House, but it may also bring a right-wing sameness to administration policy.

Inman, Haig and Jones contributed an invaluable perspective in their government jobs. They were professionals among ideologues: They saw that America cannot advance its interests if its first step is to alienate allies. They were realistic enough to recognize the limitations of government's power. The United States, they knew, cannot successfully bully its friends into risking their security in order to punish the Soviet Union. And in spite of some early wild talk by Haig of nuclear "warning shots," the three were the administration's strongest advocates of arms control.

These attitudes are lacking in the Reagan administration, which lately has shown little willingness to heed the good advice of its former moderates. It is unfortunate that the tolerance exhibited by Inman, Haig and Jones can no longer influence U.S. policy. Their voices once helped calm and channel the administration's intemperate ideology. Their departure mean a loss of experience and restraint.

Approved For Release 2001/03/07 : CIA-RDP91-00901R000500250005-4

La última administración norteamericana ha sido pródiga en eso de mostrar las costuras de sus contradicciones internas. Al cabo de año y medio, los integrantes del equipo Reagan continúan inmersos en la turbulencia de una no declarada lucha por la elevación del poder personal.

Richard Allen, ex-asesor de Seguridad Nacional y Alexander Haig, ex-secretario de Estado, ambos en los más altos estratos de la formulación y ejecución de la política exterior, perecieron en última instancia, a consecuencia del mismo mal.

Otros, menos notables, también han caído en las constantes querellas palaciegas.

Una historia increíble aconteció tras las aimentas y torreones de la Agencia Central de Inteligencia, un combate de corte medieval, verdadera "guerra oculta" entre los más altos dirigentes de la CIA.

Las revelaciones acerca de los negocios fraudulentos del director William Casey, que motivaron su cuestionamiento por el Congreso y que "casi" le cuestan el puesto; la dimisión del jefe de Operaciones Max Hugel y la renuncia del subdirector Bobby Inman, son escenas ilustrativas de las pugnas que desgastan a la Agencia.

LOS CONTENDIENTES

Bobby R. Inman. Para el colega Robert Sam Anson, quien en mayo pasado publicó un extenso artículo apologético, adornado con las desnudeces de las "conejitas" de Playboy, el ex-segundo de la Agencia encarna la *kalokagatia* (el ideal de perfección humana de los antiguos griegos).

¿Fuma? No fuma. ¿Bebe? No bebe? ¿Es inteligente? Casi una computadora —mejor aún para Anson—. Se opuso a lo malo dentro de la CIA y no pudo resistir la tentación de retirarse para educar a sus dos hijos varones en edad de estudiar en la universidad.

El "más ingenioso de los espías" ha llevado una apacible, doméstica y clandestina existencia durante sus cincuenta años de vida, buena parte de ellos dedicados a la actividad de inteligencia.

Su ascendente carrera tuvo su punto más alto en los años en que

GOOD BYE, BOBBY

por: Reynaldo Lugo

La renuncia del subdirector de la Agencia Central de Inteligencia: un capítulo de las contradicciones internas del gobierno de los Estados Unidos.

fungió como director de la Agencia Nacional de Seguridad, NSA, la multimillonaria hermana de la CIA encargada del espionaje electrónico.

¿Su aspiración? Ser jefe de la "Inteligencia Central", o sea, de toda la "Comunidad de Inteligencia", puesto reservado a quien ocupe el trono en la CIA.

Entonces, ¿su aspiración? Ser di-

la necesidad de soltar las manos a la CIA para la realización de inteligencia doméstica, según ellos era un técnico y nada más.

No obstante, después de muchos "pensar y pensar" —según el decir del colega Anson—, aceptó el puesto de subdirector de la "Compañía".

Como buen analista, al fin y al cabo, Inman pensó que una vez den-



Bobby Inman casi se convierte en el director de la CIA...

... pero William Casey se lo impidió.

rector de la CIA. Y por poco lo es, si no fuera por... Casey.

Apoyado por numerosos congresistas, a la llegada de Reagan a la Casa Blanca, Inman era el más fuerte candidato. Pero, los "duros" de Reagan consideraban que el vicealmirante era un "flojo" que no podría asimilar la "nueva política" en perspectivas, un conservador incapaz de entender

tro y contando con su tan alabado y mal digerido talento, podría liquidar a Casey... y comenzó a destilar veneno.

William Casey. Fue a parar a la CIA pero igual hubiera podido ser nombrado secretario del Tesoro... es uno de los íntimos del presidente.

Cuando Ronald Reagan pasó lista en la puerta del Despacho Oval, se

acordó de que Casey, el director de su campaña electoral, allá por los años 40, había combatido en la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos).

—¿Qué puesto le damos, boys?

—La CIA —respondieron los acólitos.

—Que así sea.

Y hacia Langley corrió Casey, Cíclon para sus allegados, sin perder un minuto. Pero no partió solo; su ayudante en la campaña electoral, Max Hugel también subió a la "límousine", y llegó al Cuartel General de la CIA en calidad de jefe de los Servicios Clandestinos (División de Operaciones). Todo estaba bien, excepto... que Hugel no conocía en lo absoluto su nueva profesión.

EL ESTILETE

¿Qué hizo Inman? Dejó correr un poco de tiempo y mientras se granjeaba las simpatías del Congreso y la prensa, afilaba su arma punzante.

Su primer golpe debía ser demoleedor. Sabía que no tendría tiempo de dar el segundo —este principio lo aprendió en los jueguitos nucleares de la Marina—. Programó su "com-



puter" y aprovechando la información, la tantísima información, atesorada en la NSA, tiró a sus enemigos por los archivos. Resultados:

W. C.: Había violado la legislación del país al no registrarse como "agente extranjero" cuando representaba, como abogado, los intereses económicos del gobierno indonesio. Durante ese tiempo influenció en

funcionarios norteamericanos a favor de su cliente.

Como si fuera poco, Inman encontró informaciones acerca de la forma en que Casey y otros miembros de la firma **Multiponies Inc.** engañaron a sus inversionistas, obteniendo de ello cerca de cuatro millones de dólares por concepto de operaciones y compras de tierras.

M. H.: Se le comprobaron "prácticas impropias e ilegales" en el mundo bursátil norteamericano en la década del 70. La actividad ilícita de Hugel estaba encaminada a incrementar la cotización de las acciones de una firma encabezada por él.

Suficiente: No se le escaparían.

LA ESTOCADA

Inman preparó su golpe conclenzadamente, sin dejar una hebra fuera de la urdimbre, como correspondía a un ser con reputación de superespía.

El plan, en síntesis, consistió en propiciar un escándalo a lo Watergate, que tuviera una honda repercusión en la opinión pública. Empezaría por Hugel, que le serviría de detonador. Para ello, buscó y compró a los testigos necesarios: los hermanos Mc Nell, cómplices en los turbios manejos de Hugel y puso en sus manos las cintas de las grabaciones de conversaciones telefónicas que demostraban la veracidad de la acusación.

Esto último fue un desliz de Inman, toda vez que —aunque no se dijera—, la presentación de grabaciones haría sospechosa a la NSA de estar vinculada a los testigos, ya de por sí extraños y extemporales.

Cuando el **affaire Hugel** estuviera en su clímax, entonces le tocaría el turno a Casey. Senadores simpatizantes de Inman, comenzarían una campaña en el Comité de Inteligencia del Senado para la destitución del director de la CIA.

Todo funcionó como estaba previsto. Los primeros días de julio de 1981, los hermanos Mc Nell presentaron al diario **Washington Post** pruebas de las actividades ilegales del jefe de Operaciones de la Agencia.

Para evitar mayores implicaciones se le ordenó que renunciara a su cargo.

El 25 de julio, esta vez en **The New York Times**, William Casey fue acusado de violar las leyes norteamericanas.

El Comité de Inteligencia del Senado se reunió y Barry Goldwater, su presidente, la emprendió contra Casey.

La victoria ya rondaba cercana, cuando... Reagan, a pesar de las acusaciones, apoyó públicamente al ex-jefe de su campaña electoral.

El presidente echó tierra al asunto. Casey era un hombre suyo y no estaba dispuesto a permitir que estas vibraciones fueran refractadas hacia su persona. Además, Casey era el tipo que él quería al frente de la CIA y no a otro. Con esto, quedaba demostrado que el nuevo presidente de los EE.UU. no permitiría "jueguitos democráticos" del estilo Nixon.

Como es lógico, la imprevista decisión dictatorial paró en seco a todo el mundo; a Goldwater el primero.

Inman, como "ser perfecto", supo enseguida que el tiempo que le quedaba en el gobierno era sólo el suficiente para evitar que se identificase con claridad una lucha por el poder dentro de la CIA.

Vino el período de depresión de Bobby. Su resplandeciente y carismática "sonrisa de dientes separados" se tornó melancólica; sus intervenciones en el Congreso, desafortunadas... "Desde entonces, apenas se le ha visto. No parece el Bobby Inman de antes" —dice lleno de pesar el amigo Anson.

A mediados de abril del presente año, el subdirector de la "Compañía" firmó su renuncia.

La CIA es un barco que se hunde. Por su banda de babor una grieta hace agua a pesar de las cuadernas y tabloneros que Reagan clava en sus entrañas...

Una vieja fábula, escrita por Esopo en el siglo VI A.N.E., bien pudiera servir para ilustrar esta historia de dardos y punzonadas...

"Viajaban en el mismo barco dos enemigos irreconciliables; y para no correr la contingencia de reunirse, se sentó uno en la proa y el otro en la popa de la nave. Estalló una terrible tempestad; y al ver que el buque zozobraba, el de la popa preguntó al piloto qué parte de la embarcación se hundiría primero. Como el piloto contestase que la proa, le dijo lleno de placer:

"—Entonces no siento morir, porque antes voy a contemplar la muerte de mi enemigo."

Good by, Bobby...